

Selección

**J.M. SERRANO
RUIZ-CALDERÓN**

Profesor de Filosofía
del Derecho



“La selección puede pasar de ser un medio a un fin, tal como ha ocurrido en casos recientes. El fin —la curación de una persona— era bueno, pero cabe preguntarse si la creación de seres humanos para una utilidad, aunque sea loable, no constituye un atentado a su dignidad de sujeto.”

Dentro del paradigma de la evolución natural, los animales más evolucionados se caracterizan por intentar superar la selección en su comportamiento social. En otras palabras, ayudan a sobrevivir a los miembros más débiles. El tópico del hombre naciente como el más desvalido de los animales que, no obstante, llegará a ser el más poderoso es el ejemplo más claro de lo que decimos. Así, el hombre parece haber superado los efectos de esta ley biológica en su comportamiento social, de forma que se considera, con acierto, que las sociedades más evolucionadas son las que protegen con mayor eficacia a sus miembros más débiles. Precisamente, los que sucumbirían en primer lugar abandonados a su suerte en un entorno hostil. Parece, por ello, que la especificidad humana reside en su capacidad para haberse emancipado de estas leyes naturales.

Esta independencia parece haber producido un cierto vértigo, una vez que se generalizó la aceptación de la explicación evolutiva de la vida. Así, desde finales del siglo XIX, un buen número de autores se dedicaron a justificar que había que abandonar la cualidad específica humana que hemos descrito y reimplantar la selección natural entre nosotros. Una selección que, paradójicamente, debería ser artificial, es decir, de dirección intelectual humana. Esta es la base intelectual del movimiento eugenésico.

La vinculación de este biologismo torpe con el racismo lo hizo caer en un enorme descrédito, pero el predominio que las ciencias de la vida han alcanzado a finales del siglo, junto con la justificación en razones mé-

dicas, han puesto de nuevo en la palestra el proceso de la selección. Se ha abandonado el método anticuado de la esterilización de quienes pudiesen transmitir enfermedades genéticas, método de base fundamentalmente estadística, y se ha pasado al método de la selección concreta de los individuos que pueden alcanzar su desarrollo una vez comprobado que cumplen los requisitos de calidad. En el área de las técnicas de reproducción asistida, el proceso selectivo de embriones comenzó siendo necesario para evitar malfunciones, es decir, nacimientos de sujetos defectuosos que afectasen al prestigio de la técnica. En la evolución del proceso, la selección puede pasar de ser un medio a un fin, tal como ha ocurrido en casos recientes, en los que se han seleccionado embriones fecundados para obtener un individuo con determinadas características. Es cierto que el fin —la curación de una persona— era bueno, pero cabe preguntarse si la creación de seres humanos para una utilidad, la que sea, aunque fuera loable, no constituye un atentado a su dignidad de sujeto que debe ser querido por sí mismo.

Por supuesto, la utilización puede tener diversos grados. El primero lo hemos visto recientemente. Se crea uno, que se utiliza en cierta forma, aunque se le permite desarrollarse, cierto que para el bien de su hermano mayor; otros 15 se destruyen, unos porque presentan malformaciones, otros porque ya no son necesarios.

Las técnicas han producido sus efectos marginales: se trata de los embriones sobrantes. Estos han perdido la batalla de la

selección artificial, fundamentalmente porque ya no son necesarios, sus padres lograron su objetivo con otro o han renunciado tras una serie de fracasos. Probablemente, para maquillar la brutalidad de la técnica, estos embriones fueron congelados y ahí están, pendientes de una decisión. Servirán para producir células que aprovechen a otros, que de esta forma escapan a la “selección natural”, beneficiándose de la destrucción de otros. Se trata de la denominada clonación terapéutica. El interés es tan inmediato y fuerte, que se han constituido asociaciones de posibles beneficiarios que apoyan la opción. No es la única forma de conseguir estas células, pero es la que ha sido patentada por industrias que esperan beneficios de futuro que solucionen los deficitarios balances actuales. Poco parece importar que no sea el único medio de lograr la producción de tejidos o que sea más sencillo controlar el desarrollo de células extraídas de adultos, lo que no presenta objeciones éticas.

El proceso implica algo más que la desprotección del débil abandonado a las fuerzas de la naturaleza. Supone, como acertadamente se ha descrito, una forma de canibalismo. Es, en parte, una opción que implica abandonar una vía de evolución social de la que podemos sentirnos justamente orgullosos, para emprender otra. En palabras de Hesíodo, abandonamos a *Diké* (la Justicia), para entregarnos a *Bíos* (la fuerza).

Que el Gobierno de un país donde ni siquiera se han patentado estas técnicas fuese el primero en entregar 30.000 embriones resultaría, más que paradójico, escandaloso.